

PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

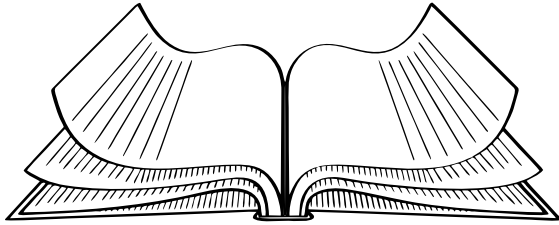
Cuento
Poesía
Fotografía

EJEMPLAR GRATUITO
AGOSTO - SEPTIEMBRE
2020





**Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 27

www.porescrito.org

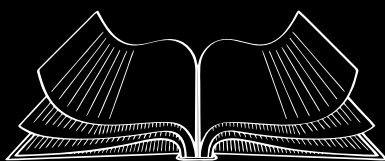




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

El inevitable fin de las cosas Juan Carlos Padilla Monroy	8
Un instante me basta Rosalina de la Cruz	10
Mutación Rosalina de la Cruz	11
Necesito un cigarro Alejandro Acuña	12
Cuarentena Suhey González García	13

FIRMAS

Los humos de bajada María Elena Sarmiento	14
Mila(gritos) Andrea Fischer	17
Caso #6 Virgina Meade	23
Sobre libélulas Cecilia Durán Mena	30

IMAGINARIO

.....36

VOCES

¿Qué tan grande es Brasil?

Iker Jáuregui.....44

Circense

Francisco Duarte Cué.....46

Nocturnidad

Rubén Don.....48

El último recurso

Juan Antonio González Díaz.....53

El sótano

Yazmin Díaz Flores.....58

La japonesita con sabor a mar

Constanza Toscano Pitol.....60

Hablando por escrito

Mientras la pandemia del Covid-19 barre al mundo, la cotidianidad como la conocimos se va desdibujando y la realidad se erige en nuevas formas, se nos antojaría convocar a un proyecto como lo hizo Giovanni Boccaccio en el siglo XIV cuando la peste asoló Florencia. Muchos grandes aprovecharon sus encierros para escribir y al leer lo que salió de sus plumas, no queda más que elevar las cejas y entender los alcances que les dieron estatura. Escribir en tiempos de calamidad resulta complicado, los pensamientos cambian, los escenarios se mueven en forma vertiginosa y precipitarnos a elevar la pluma es arriesgado. La velocidad en la que se suceden los acontecimientos nos lleva a creer que lo que plasmamos en las primeras palabras se vuelve viejo al llegar al punto final.

Es curioso, de repente parecemos esos niños que en el trayecto de un viaje van preguntando cuánto falta y aunque nos contestan que ya queda menos para llegar, suceden dos cosas al mismo tiempo: el corazón quiere creer y la mente nos lleva a dudar. Lo cierto es que los segundos, las horas, los días se nos revuelven y ya no sabemos si va a la velocidad de un caracol o pasó como un suspiro. Una tarde puede parecer eterna mientras las hojas del calendario caen y nos sorprende darnos cuenta del tiempo que llevamos confinados.

Si el segundero se volvió perezoso o si comenzó a moverse a toda velocidad, no importa. La máxima que

vamos aprendiendo es que estamos frente a un parámetro elástico: queremos que se nos acabe la incertidumbre y a la vez, queremos atesorar todos los recuerdos y las reflexiones que llegaron en esta etapa; queremos que todo pase rápido y tenemos la fantasía de que volveremos a ser los de antes. Tal vez lo logremos. Ojalá lo consigamos. Puede ser que para darnos cuenta, necesitaremos un poco de distancia. Requeriremos alejarnos para que el efecto se asiente en nuestro pensamiento y en nuestros sentimientos.

Supongo que entonces nos daremos cuenta de que habríamos querido más de muchas cosas: más momentos de estar juntos, más pláticas, más veces en las que jugamos cartas, más palabras que antes no nos habíamos dicho, más abrazos suaves y besos tibios. Pero, por supuesto, en la inmediatez es difícil dirigir nuestra mente por estos caminos y hacer las paces con tanto encierro, desinfectantes, restricciones y sanas distancias.

El encierro nos acentuó la impaciencia, no le podemos echar la culpa al virus porque ya éramos inquietos. Andábamos subidos en una esfera giratoria que daba de vueltas a toda prisa y disminuir el ritmo nos pone nerviosos. Pero, si tenemos la oportunidad de aprovechar el privilegio de ir despacio, sería bueno disfrutarlo. Leer a la luz de un verano especial, uno que viene marcado como único y que será recordado en los años por venir, es un gozo. Asomarnos a la ventana que tiene forma de revista es meter la nariz en la mente del que escribió en estas circunstancias. Es enterarnos de cuáles fueron las palabras que eligieron para poner en juego la fantasía y escribir en tiempos de pandemia.

Y, si Boccaccio decidió, por cuestiones de amor, consagrar un poco de su tiempo a los placeres de un público lector; si la convocatoria del Decamerón viene precedida de una descripción de la peste y del relato del

encuentro fortuito de los narradores de esas historias; así nosotros aprovechamos la oportunidad. En esta ocasión, el Número 27 de *Pretextos literarios por escrito* contiene textos que fueron creados por nuestros autores en el encierro. Puede que muchos no aborden el tema directamente y por algo será, pero es la forma en que decidimos vencer a la hoja en blanco.

Con ustedes, y por el compromiso de seguir atrapando lectores para nunca dejarlos ir, nuestra edición de *Pretextos literarios por escrito* Número 27.



El inevitable fin de las cosas

Juan Carlos Padilla Monroy

Dónde van las sombras por la noche
y los sueños fantásticos que interpreta mi razón,
dónde van las luces que no duermen
y el miedo que me envuelve y atormenta el corazón.

Dónde van las nubes con el viento,
y el Sol que en ellas se oculta de la vista,
dónde van las rosas marchitas
y la luna plateada en soledad del día infinita.

Dónde van todos los sentimientos
y los sufrimientos que tenemos por vivir,
dónde van las lágrimas malditas
y los gritos que nunca se llegan a oír.

Dónde van las almas cuando mueren
y los cuerpos cuando crecen y se distinguen,
dónde van los espíritus de vida,
y las risas que escapan y se extinguen.

Dónde van los pensamientos
y las letras que nunca llegaron al papel,
dónde van las fantasías
y las palabras que olvidamos decir alguna vez.

Son fugaces destellos que florecen en secreto
y se pierden en el tiempo infinito,
para no volver a despertar
y morir después.



Adiós.

Adiós a los frondosos bosques que acogían fríos amaneceres.

Adiós a los viejos caminos de herraduras que acompañaron desahucios de verano.

Adiós a esa triste roca donde pensamientos turbios de humo observaban el atardecer.

A las lagunas y ríos que atraparon cada lagrima de desespero.

Adiós a las falsas amistades y amores que la vida trajo consigo.

Adiós a aquellos labios que dejaron agrietado este triste corazón.

Adiós al sombrío pasado.



Paúl Núñez

Un instante me basta

Rosalina de la Cruz

Cae la tarde
en verdor remanso de quietud,
va dibujando en mis ojos
memoria de otros tiempos
donde fui su ocaso
y su canto de lejanía.
Un instante me basta
para morir con la tarde.



Paúl Núñez

Mutación

Rosalina de la Cruz

Sí, soy agua.
Solo sé decirme en la lluvia.
Transito en gotas de gravedad
por los aljibes del silencio.
Me escurro en el rocío
que alimenta la noche.
Noche que también es agua
contenida en la flor,
en la flor que soy
cuando no soy agua.



Paúl Núñez

Necesito un cigarro

Alejandro Acuña

Necesito un cigarro,
dice el hombre que camina a otro mundo.

Mira a todos lados antes de cruzar.

Se pregunta

cuántos cruces

cuántas dimensiones

cuántas calles

cuántos lados tiene que mirar.

Necesito un cigarro,

repite cuando ya trota la luna

pues así se crea el humo

de cuántos volcanes

cuántas señales

cuántas ciudades.

Necesito un cigarro,

vacila entre el espacio

(así se crean los vientos)

una última vez

antes de sacar su bolsa

de tabaco con flores

y forjar un delgado cigarrillo

que pone entre sus labios

y ahora que ha creado

todo lo habido y por haber

y se asienta en las cordilleras

del nuevo mundo,

tiene que regresar por donde vino

pues ha olvidado el encendedor.



Cuarentena

Suhey González García

Pasan los días
las noches y las horas
Y cada segundo sin vivir
Se convierte en tiempo perdido

Tiempo que no existe
sin reír
Tiempo que se acaba
cuando siento mis ganas
Marcharse para no volver

Muero por vivir
Salir de las sombras
que hacen de mis ojos
Un mar oscuro de lágrimas
que fluye dentro de mí
Llorar no puedo, entonces seguiré riendo,
riéndome de este encierro en que me encuentro y no tiene fin.



Paúl Núñez

Los humos de bajada

María Elena Sarmiento

Mi hijo de 16 años se siente el amo del conocimiento, por eso, intenté bajarle los humos al enseñarle los estupendos trabajos que habían hecho mis alumnos de preprimaria.

—Mira, mi hijito —expuse con orgullo—, voy a enseñarte un poco para que entiendas de qué se tratan estos dibujos. Aristóteles fue un filósofo maravilloso. Podemos considerar que, junto con Platón, otro genio del pensamiento, son los padres de la Filosofía.

—Sí, ma. Sé quiénes fueron.

—Qué bueno. Se me olvida que eres mi hijo y, por lo tanto, muy inteligente.

—Sí, ma.

—Les expliqué a los niños un poco sobre Aristóteles y luego les pedí que me hicieran sus dibujos. ¡Mira qué maravillas pintaron!

—¿Pero por qué en el ancho mundo se te ocurriría elegir a Aristóteles para iluminar sus pobres mentecitas? ¿Qué daño te han hecho?

—Ay, mi hijito, no seas exagerado. Sé que a ti no te cae bien el hombre, pero no me vas a negar que fue un gran filósofo. Transformó los conocimientos de su tiempo, en casi todas las áreas. Eres chico para entender la Lógica, pero él es el primero que la estudió en serio. Sus ideas influyeron...

—Ése es justo el problema —me interrumpe—. Él se equivocó en casi todo lo que dijo, pero no lo podemos juzgar por eso. El asunto es que la gente lo endiosó. Lo que él dijo se tomó como ley y le puso una camisa de fuerza que duró milenios a la ciencia.

–Mira los dibujos: Aquí está estudiando Biología. ¿Sabías que adelantó mucho en ese terreno? ¿Sabes qué es la Biología?

–Ay, mamá. ¿Cómo les enseñas eso a los niños? ¿Sabes que Aristóteles formuló la teoría de la generación espontánea?

–Aquí lo dibujaron enseñándole Filosofía a Alejandro Magno. Mira la luz que le sale mientras habla. Me encantan mis alumnos.

–¿Ya lo estás santificando, mamá? Espero que tus niños no crezcan pensando que no pueden contradecir al gran filósofo, como hizo la humanidad.

–Razonar es la base de la ciencia, Paquito, ¿te parece poco?

–Sí, ma. Estoy de acuerdo en que su ejemplo fue muy importante, deberíamos de pensar más en las cosas que nos rodean, pero gracias a la interpretación que la sociedad hizo de Aristóteles, a la gente se le prohibió algo básico para la ciencia: la curiosidad.

–Eso te lo estás inventando, Paco. ¿Cómo se va a prohibir la curiosidad?

–Nadie podía atreverse a pensar en contra de las burradas que había dicho Aristóteles. ¿Quieres que te cuente de los mártires que murieron por defender sus ideas en contra de los que esgrimían al “gran filósofo” como la única verdad? El modelo aristotélico es heliocéntrico. Había que matar al que sugiriera que la Tierra era menos importante.

–No es su culpa que lo hayan convertido en el parámetro de la realidad.

–No. Te digo. Su único chiste fue empezar a pensar, pero el problema es que desde chicos a la gente le enseñaban que ésa era la única verdad. No valía la pena ni intentar

pensar otra cosa. ¿No es lo que estás haciendo?

–Iba a seguir hablándoles de otros filósofos. No me iba a quedar en Aristóteles, ¿cómo crees?

–Deberías mejor enseñarles sobre Galileo.

–¿Galileo?

–Ajá. Él sí nos impulsó a dudar de cada cosa y a mirar la naturaleza como la verdadera fuente de la sabiduría. Es el creador del método científico.

–Y del telescopio.

–No, en realidad no lo inventó él, pero sí fue un mártir de la ciencia en su lucha por favorecer la razón y la experimentación en contra del poder de los que le ponían a Aristóteles el halo de los santos.

–¿Te gustaría ir a la clase a hablarles de Galileo?



Paúl Núñez

Mila(gritos)

Andrea Fischer

1. huacales con fruta

Como es costumbre en San Miguel de Allende, me desperté con un terremoto en la boca. Corrí las cortinas y vi el destello del despuntar de la mañana sobre el cerro, casi calvo por la erosión. Hombres y mujeres con niños recorrían a paso pesado y pausado la silueta del monte. Traían veladoras e imágenes a cuestras, formando una procesión silenciosa que abría camino a las primeras luces del día. Entonces me di cuenta: era sábado.

Además de prepararse para las festividades religiosas pertinentes del día siguiente —la misa, el incienso, el pasaje del *via crucis* durante la homilía, las palmitas enredadas en las puertas de las casas—, la gente le tenía especial devoción a una santa ciega, que se festejaba el día anterior al domingo de ramos. Llegaban en oleadas ordenadas a inundar las calles principales, todos caminando entre murmullos y rezos discretos para aquella que les concedía el don de la vista sutil. Le encomendaban a sus niños enfermos, las cosechas tardías o secas, favores de inmigración y confesaban sus penas invisibles.

La tradición marcaba que algún miembro de la familia llevase los ojos vendados, en honor al martirio que le había conseguido un lugar en los altares. Había quien aseguraba que ella era la santa de las causas perdidas. Tenía un nicho importante en el oratorio del pueblo, que se revestía de flores blancas y milagritos dorados durante todo el día. La gente le llevaba ofrendas para que intercediera por ellos ante el Todopoderoso: huacales con aguacate y otras frutas de campo, gallinas (muertas o vivas, era igual), cerveza y aguardiente. Había quien contrataba mariachis

para adorarla con oraciones entretejidas de corridos. Desde el nicho del oratorio, la santa se quedaba en silencio, con dos agujeros en donde deberían ir los ojos y, en la mano, una charolita con la seña del suplicio que le había otorgado la santidad.

A lo largo del día, el párroco bendecía imágenes de la santa y dirigía jornadas para rezar el rosario. Las mujeres mayores cantaban las canciones de antaño y pedían por las almas en el purgatorio. Los padres de familia se encargaban de cargar las ofrendas. Los hijos mirábamos. Desde el accidente, mi padre le tenía una devoción profunda a la santa. Llevaba un escapulario con su imagen colgado al cuello. Para agradecerle, para no volver a perder el camino nunca. Asistir a la iglesia era, por tanto, innegociable. A las cinco de la mañana, la camioneta estaba cargada con flores y ramos tejidos. Antes de que llamara a la puerta de mi cuarto, vi cómo una nube espesa cubría el cielo. De pronto, olió a incienso.

2. *m'hija, las paredes tienen ojos*

Llegamos al templo a las siete en punto. Sobre las puertas, ondeaban dos pedazos de tela que decían luz, fe y confianza. El sacerdote esperaba en el atrio a los peregrinos con las manos entrelazadas sobre el pecho. Detrás de sí, un acólito sostenía una cruz de metal larga, bien larga, a manera de bastón. *La santa sí escucha a la gente*, me dijo alguna vez, mientras mi padre cumplía con su servicio de sacristán. *Escuchó a tu padre. Ahora tiene que pagarle a la comunidad por el daño*, me repetía constantemente. *No hay de otra*. Entonces barría la nave principal del templo, ordenaba la sacristía y se encargaba de cuidar el nicho de la santa.

Más de una vez lo encontré arrodillado frente a la figura, sin atreverse a mirarla directamente, aferrándose con fervor al escapulario. *Protégeme, protégenos, protégame,*

protégenos. Luego juntaba las manos sobre el rostro y susurraba cosas que nunca entendí. Decía que la santa le hablaba a él, sólo a él, y que por eso tenía que ir a visitarla cada semana. Para atenderla, según. Un poco antes de las doce del día dejaba el lugar para que otras personas pudieran adorarla. A esa hora, la misa está llena. Yo lo esperaba en la banca afuera de la capilla, viendo a la gente hacer fila para confesarse. Tristes, solos, acongojados. Luego llegaba mi padre, y me decía viendo hacia el altar principal, *m'hija, las paredes tienen ojos*.

Estacionamos la camioneta a unas calles del oratorio. Dos de mis tíos le ayudaron a bajar las flores y tambos de aguardiente que había traído en ofrecimiento para la comunidad. Guadalupe, el mayor, traía a sus hijos —flaquitos, flaquitos— para bajar las cosas. Ya tenían edad para esas cosas. *Échelos p'acá, don Lupe, antes de que llegue más gente. Ya ve que luego no dejan pasar* (el sacerdote era también maestro de ceremonias). Mi padre seguía a su hermano como burro de carga. Como era el más corpulento, se encargaba de los tambos de aguardiente y dejaba que los demás llevaran las flores. Acomodaban las ofrendas frente al nicho y regresaban por más, más, más.

3. *tambos de aguardiente*

Rosario siempre se sentaba hasta atrás, en la última banca del oratorio. La vi al entrar. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba ahí. Tal vez estaba muy concentrada en la novena que traía agarrada con fuerza, como si fuera a caérsele, o memorizando las oraciones de ediciones pasadas de los misales locales. Miraba al techo como si en él fuese a encontrar las respuestas a sus súplicas. Mientras los demás terminaban de descargar la camioneta, me senté en el otro extremo de la banca. Uno tras otro, los tambos de

aguardiente se apilaban a lo largo de los pasillos laterales del templo. Tenían que bastar para las hordas de gente que abarrotaban la iglesia durante la misa principal. Todos venían de lejos. Todos traían asuntos que olvidar.

Cubierta con un rebozo hasta la cabeza, Rosario se balanceaba despacito de adelante hacia atrás, repitiendo sus plegarias en voz baja. Desde hacía años que la gente la veía pasearse por el atrio de la iglesia a las altas horas de la noche, contando la historia de cómo la santa había mandado llamar a su hermana una noche de abril. *Se le apareció bien entrada la madrugada*, decía, *mientras iba en el carro con un vicioso de otro pueblo*. Luego gritaba fuerte. El párroco salía a verla, y muchas veces la encontraba tirada en el suelo con el rostro cubierto de lágrimas. *En una de sus aventuras, ese hijo de la chingada se llevó a mi hermana*.

A Rosario le temblaba uno de los párpados desde entonces. No dormía mucho. Cuando lograba conciliar el sueño, la misa ya estaba bien avanzada y la gente no quería acercarse a despertarla. Al cabo de unas horas, los acólitos se la llevaban al zócalo para que se fuera a su casa. En el camino de regreso, la gente la escuchaba maldecir contra los santos de la iglesia. No fueron pocas las veces que, a la mañana siguiente, encontraban cabezas de gallos atoradas entre las rejas del atrio. Quizá a ella también le vendría bien un vasito de aguardiente, pa' lo que se ofrezca.

4. daños a las vías públicas

Mi madre se fue para Estados Unidos cuando yo tenía seis años. Nos prometió que, llegando al otro lado, nos llamaría para mandarnos dinero. Aquí nunca encontró trabajo, y en ese entonces, mi padre estaba muy ocupado con sus asuntos en la cantina. En lugar de llevarme con ella, me pidió que cuidara de él. Año y medio después de que se fue, mi padre

se resignó a que no volveríamos a saber de ella nunca. Con esa convicción, dejé de verlo llegar a las ocho de la noche todos los días. Había veces que lo encontraba tirado afuera de la casa, con golpes en el rostro.

En ese entonces, la única devoción de mi padre era mi mamá perdida. Le lloraba por las noches y la maldecía durante el día: por haberse ido, por habernos abandonado, por dejarlo solo. Más de una vez preferí quedarme en casa de mi abuela para no ver a las mujeres que traía a la casa. Las de la escuela rural, las del campo, las ratitas de iglesia que no fueron monjas porque ya no cabían en los claustros: todas sabían en dónde vivíamos —todas habían estado en la casa alguna vez, estoy segura. El vacío que dejó mi madre lo consumió muy pronto. Decidió llenarlo con alcohol y con los otros vicios que el pueblo reprochaba en el templo, pero que alimentaba cuando las familias apagaban la luz. A pesar de todo, nunca le dije nada.

La noche del accidente dejé de verlo una semana. Supe que se había volteado con la camioneta que tenía entonces en la carretera a Querétaro, por un animal que se le atravesó en la autopista. Mi abuela no quería que lo visitara. *Está muy grave, m'hijita. No lo vas a reconocer. Dale chance para que se recupere y pueda verte.* Varios días después de internado en el hospital, cuando finalmente pude entrar al cuarto donde lo tenían acostado, me dijo que la santa se le había aparecido envuelta en lenguas de fuego para evitar que el coche se desbarrancara. *Le debemos mi vida, m'hija,* me repetía con los ojos hinchados. *Ahora le tengo que pagar el favor.* A partir de ese momento, aprendí lo que es el verdadero culto a un santo.

Supe después que los únicos daños a la vía pública habían sido un raspón al barandal de metal que acompaña las faldas del cerro. En el periódico dijeron que, al lado del

carro volteado, horas después los federales encontraron el cuerpo de una mujer detrás de un matorral, atorado entre las espinas de un arbusto. No lograron identificarla, y se la llevaron a la capital del estado para enterrarla en una fosa común. Días después, Rosario entró al oratorio con una urna abrazada al pecho. El Viernes Santo, el párroco dedicó las intenciones de la misa a las almas del purgatorio. Rosario se acercó a recibir la comunión durante la celebración. En lugar de tomarla en la boca, pidió que le dieran la hostia en la mano y salió corriendo. Esa madrugada, por primera vez, el atrio se llenó de sangre de gallos negros. Nadie la volvió a ver cerca de un confesionario.



Paúl Núñez

Caso #6

Virginia Meade

Vivimos en gran tensión. Desde hace algunos días, apagamos las luces a las 9 de la noche. Lo hacemos para observar al hombre que se esconde detrás del poste que está frente a la casa. Usa una gabardina o abrigo oscuro y un sombrero que le cubre gran parte de la cara. El destello de los faros de los automóviles que pasan lo delatan. Trato de aguantar la respiración, pienso que él nos espía y atraviesa con la mirada las cortinas y logra escucharnos.

Recibimos un par de cartas escritas en un idioma que no conocemos, la letra es tan apretada que es imposible distinguir las letras; ninguno de nosotros entendió ni una sola palabra. Además, dibujaron la figura de un hombre atravesado por lo que parecía un cuchillo y caían al suelo invisible: gotas de sangre. Aterrador.

Este misterio comenzó la noche en que me habían castigado por alguna infracción y me mandaron a la recámara; para desaburrirme y gruñir para no llorar, odio que se den cuenta que estoy triste; me asomé por la ventana. Vi a varios vecinos que regresaban de sus trabajos. En la semana visten de traje y zapatos de piel, en cambio, en los fines de semana usan playeras de colores, pantalones de algodón, zapatos deportivos y sus gorras con el logotipo de algún equipo de beisbol o futbol. Después pasaron, una joven y dos señoras platicando; se ponen de acuerdo para ir y regresar juntas.

Un individuo venía caminando desde la esquina, muy cerca de las rejas, rozando las hojas de las hiedras o de plano pegándose a los muros de las casas, como si no quisiera que lo vieran. Me di cuenta de que sabía

dónde estaban las ventanas porque antes de llegar se agachaba o se bajaba de la acera mirando el pavimento. Sin embargo, yo nunca lo había visto. La gabardina le quedaba grande, por más que me pegoteé al vidrio y achiqueé los ojos, no pude ver si tenía bigote o barba. Veía borroso y para complicarlo todo, empezó a llover. En mi imaginación le dibujé anteojos sobre la mirada siniestra que yo imaginaba. Eché vaho en el vidrio de la ventana y dibujé con el dedo la figura del hombre. En eso, entró mi madre que ya no estaba enojada — me he esforzado en observar cada gesto de su cara para reconocer su estado de ánimo—, como si nada hubiera sucedido, me dijo que podía bajar a merendar. No le dije nada, las piezas del rompecabezas aun no estaban completas. ¿Qué me faltaba ver de la intriga que se desarrollaba frente a mi ventana?

Al día siguiente ella me pidió que la acompañara a la panadería. Caminábamos tratando de no pisar las rayas del pavimento. Antes de llegar al lugar, mi alma se llenó del olor de las conchas recién horneadas y de los bolillos de costra dorada que coronaban las góndolas de madera. Las personas rodeaban el mueble para tomarlos con las pinzas y colocarlos en las charolas. Regresamos con sendas bolsas de estraza rebosantes de pan y disfrutando, ella, una oreja y yo una concha de chocolate. Casi se me cae de la mano cuando lo vi. Estaba apostado detrás del poste mirando hacia nuestra casa. Jalé el suéter a mi madre, quien con irritación me miró. Al ver mi expresión alarmada se inclinó. Murmuré a su oído:

—Mamá, ese hombre lleva varios días espionando la casa, se queda mucho tiempo escondido detrás del poste. ¿Será el que nos manda los mensajes cifrados?

Ella me sujetó la mano y apretó el paso. Decía

una y otra vez:

—No lo mires, no lo mires. Ya casi llegamos.

Obedecí, así que no pude saber si usaba bigote ni descubrí la mirada siniestra.

En cuanto llegamos cerró con llave la puerta principal, apagó la luz de la sala. Lo hizo con tanta decisión que nadie respingó. Se acercó a la ventana, respiró profundamente y con cuidado movió un poco la cortina para observar al hombre. Los demás nos aproximamos y nos paramos detrás de ella. Pasó mucho tiempo, las piernas se me cansaron. Levantaba una y al rato la otra. Mi mamá parecía una estatua. Todos se fueron a sentar al sofá cansados, cuchicheaban de vez en cuando. Hasta que se quedaron dormidos. Yo también me fui a un sillón. Sólo la sirvienta y mi madre permanecieron junto a la ventana.

Desperté. Era de mañana. Mi mamá estaba sentada al pie de la cama esperando. Antes de que pudiera darle los buenos días me dijo muy calmada:

—Quiero que me cuentes todo acerca del hombre que vimos anoche frente a la casa.

Ella no parecía enojada, más bien interesada, como cuando alguna de las vecinas se reúne con ella en la cocina y hablan muy bajito. Ella se acerca y mira con intensidad a la otra persona.

—¿Te acuerdas del día en que me regañaste porque tiré la jarra del agua de limón?

—Sí, me acuerdo.

—Dijiste que me encerrara aquí. Para no aburrirme, me asomé a la calle para ver a la gente. Primero vi al vecino de la casa blanca regresar de su trabajo. Luego, su esposa, su hija, la que tiene diez años más que yo, y la señora Rivera fueron al pan como todos los días. Fue entonces que lo vi acercarse y esconderse.

Empezó a llover; para que no se me olvidara cómo era, lo dibujé en el vidrio.

Mi mamá se levantó, descorrió las cortinas y miró hacia la acera frente a nuestra casa, abrió la ventana y se asomó primero a la casa a nuestra izquierda y luego hacia la derecha. Observé con cuidado la expresión de su cara. Levantó la ceja, lo hace cuando algo le molesta, apretó los labios con decisión y me pidió que me acercara.

—Imagina que eres el hombre del sombrero. Ahora, muéstrame cómo se esconde detrás del poste.

Salté de la cama y me pare dándole la espalda a la ventana y viendo a mi mamá de frente. Me moví como si fuera caminando y me acerqué al poste imaginario. Ajusté las solapas de la gabardina, en mi mente era pesada, con muchas bolsas; levanté los hombros y me agaché un poco para que pareciera un hombre fuerte. Del bolsillo, saqué un cigarrillo invisible, lo encendí y lo llevé a los labios, tal y como lo hacen en las películas de detectives que le gustan a mi mamá, ésas donde el protagonista dice:

—I am Philip Marlow, occupation: Detective. You know some guy says: follow that guy, so I follow. Find the female, so I find her. And what do I get away from it? \$16 boxes and expenses.

Fue entonces que recordé que el hombre de la gabardina, así lo he llamado desde ese día, había sacado unos lentes.

Mi madre murmuró antes de salir de la habitación:

—Tenemos todo mal.

Ella regresó y me dijo:

—Asómate a la ventana, voy a cruzar la calle hasta donde está el poste para buscar qué es lo que el hombre de anoche miraba. Luego, me dices si hice lo mismo que él.

Me sentí como los directores de cine dirigiendo a la actriz principal. Ella hizo los mismos movimientos que le describí. Se acercó al poste, se acomodó las solapas de la gabardina negra, ajustó el sombrero y se puso los anteojos. Miró hacia nuestras ventanas y luego a las casas de junto; cuando se enderezó ya era otra vez mi mamá. Después de apoyarse en el poste, sostuvo el mentón con la mano por unos instantes. Me saludó y cruzó la calle hacia nuestra puerta. aprendí que hay que tomar en cuenta todas las posibles posibilidades.

A veces la realidad es más emocionante que las películas de suspenso. Muchas cosas pasaron los siguientes días; por más que me esforzaba no entendía lo que mi madre y Florence —así se llama la señora que nos ayuda en la casa— estaban organizando. Me metí en la despensa para escucharlas mientras cuchicheaban en la cocina, pero el perro arañaba la puerta para que le abriera. Tampoco entendí nada cuando se metieron al cuarto de lavado, en cuanto empezaron a hablar encendieron la lavadora.

Esta mañana, mi madre nos reunió para avisarnos que había invitado a las vecinas y a sus hijas para tomar café y platicar. Nosotros las recibiríamos para saludarlas y después nos iríamos al salón de televisión que está en el segundo piso. ¡Qué desilusión! Nos tendríamos que arreglar para dar la mejor de las impresiones, subiríamos en silencio y no haríamos ninguna travesura. Indigno de mi madre tratarnos como presos ¡y, en nuestra propia casa!

Las invitadas llegaron puntuales, incluso algunas llevaron un postre o canastas con galletas —un botín muy apetecible, sobre todo porque desde una hora antes de que llegaran estuvimos sentados sin movernos para evitar despeinarnos. Mi madre se apresuró a abrir

la puerta para recibirlas, después nos presentó uno por uno; al terminar, con un gesto nos mandó desaparecer de la faz de su sala. Nosotros no llegamos al segundo piso, queríamos ver y escuchar así que nos sentamos en los escalones esperando que no nos descubrieran. Pero Florence nos vio. Ella había estado circulando entre las invitadas llenando sus pequeñas tazas con café o té. Las chicas prefirieron refresco, eran dos. Estábamos aburridos, decidimos irnos a la sala de tele cuando Florence regresó con un plato de galletas y dulces. Nos dijo que nos llevaría refrescos después. Sonrió y se marchó. Les dije a los demás que me quedaría un minuto ahí porque me di cuenta de que mi mamá y la hija de nuestra vecina se encaminaban hacia donde yo estaba. Cuando llegaron, ella me ordenó:

—Sígueme. Vamos a mi recamara donde está el espejo valet. Ella me guiño el ojo y las acompañé. Entramos. La muchacha estaba confundida porque no sabía qué iba a pasar, estaba ruborizada y veía por todos lados, creo que no sabía si sentarse o salir huyendo. Mi mamá le entregó las cartas y le explicó:

—Hace unos días recibimos estas dos cartas, que creo son para ti. No pudimos descifrarlas, pero creo que tu sí sabes cómo leerlas.

La muchacha se sonrojó otra vez, cuando las tuvo en sus manos sonrió con alegría. Se paró frente al espejo y colocó la carta frente a él. Entonces las palabras cobraron sentido. Estaban escritas de derecha a izquierda, al fin pude conocer parte de la intriga:

Rossy, muero de amor por ti. Llevó varios días frente a tu casa con la esperanza de verte. Al no lograrlo, he dejado esta y otras cartas, esperando que cuando la leas sepas que soy yo. Para que nadie

las entienda las escribí en nuestro código. En verdad te extraño.

Joe

¡Pobre infeliz! Se había equivocado de buzón, pensé mientras las mujeres abandonaban el lugar.

Esa noche, me metí al closet, es mi oficina personal, corrí la puerta; saqué la linterna y me senté frente a mi vieja máquina de escribir Remington, para la última anotación: Caso #6. El misterio del hombre de la gabardina: Cerrado.

Me puse mi pijama. Bebí mi leche fría y sonreí. Creo que mi mamá y yo haremos una buena mancuerna cuando ponga mi agencia: Marlow y Marlow, detectives.



Sobre libélulas

Cecilia Durán Mena

He visto a aquel que me ve.

Gn 16.13

Nadie vuela más lejos que las libélulas

Aquella mañana, la Bahía de Acapulco amaneció feliz. El cielo tan azul y sin nubes dejaba que los rayos del sol se reflejaran en el agua del mar que estaba en calma. La brisa era tan ligera que los veleros tuvieron que arriar sus velas. Yo me entretenía viendo el ir y venir del agua. Como me sucede a menudo al despertar, me quedé mirando profundo la vista desde de mi habitación, recorrí con los ojos las playas desde Caleta hasta Icacos, me entretuve observando el Barco Escuela Cuauhtémoc de la Armada de México. Escuché un rumor, era una armonía como la de un eterófono, un sonido que podría parecer algo entre una voz humana y un violonchelo, que iba aumentando en volumen e intensidad.

Llegaron todas juntas, agitaban las alas en forma rápida y poderosa, giraban sobre su propio eje y dibujaban trayectorias onduladas. Cientos de libélulas nublaron el cielo acapulqueño. Irrumpieron frente a mi ventana, haciendo gala de gran capacidad para sus hazañas acrobáticas: iban hacia adelante y hacia atrás, lo mismo que arriba y abajo, se detenían abruptamente y aceleraban demostrando que eran capaces de montar un espectáculo que a la vez era ordenado y descoordinado. Jugaban, se perseguían, se alcanzaban y se alejaban.

Me alegraba ver cómo se pegaban al vidrio, como si pasaran a saludar y luego volvían a su vuelo acelerado. Disfruté al ver sus alas nervadas que me recordaban un encaje de mil colores, redondeadas en

los extremos y finas en la parte anterior. Potentes, como hechas para ser helicópteros naturales. Fosforescentes. Luminosas. Con esos ojazos que les ocupan toda la cara, abarcaban las vistas de la Bahía de Santa Lucía, desde la Cruz de Trouyet hasta La Roqueta. Me miraban desde esos globos oculares tan redondos, se me figuraba que sonreían.

Las contemplaba hipnotizada cuando escuché los alaridos de Herminia. Andaba corriendo por todo el jardín con la escoba en alto, agitando sus brazos pequeños y dando palos de ciego para espantar a nuestras visitantes. Nunca la vi moverse tan rápido, ese día el sobrepeso no le restó movilidad. ¿Qué hace, Herminia? Señora, es la plaga: son los caballitos del diablo, dijo y se santiguó. Sudaba. Respiraba cortito y rápido. Parecía que se le iba a salir el corazón por la boca. Ya nos cayó el mal agüero. Las libélulas la esquivaban. Volaban en círculos sobre su cabeza.

No, Herminia, no les haga daño. Déjelas en paz. Sentí cómo algunas se pararon sobre mis hombros y en el dorso de la mano izquierda. Movían las alas de arriba a abajo como si estuvieran acompañando la respiración. Quítese eso del cuerpo. Ay, señora, usted no entiende, me dijo con la voz entrecortada y con lágrimas que le cruzaban la piel morena del rostro, usted no entiende las señales. Se metió a la cocina, fue por sus cosas, jaló su bolso y salió de la casa. Nunca la volví a ver.

Las libélulas se quedaron unos instantes conmigo y después siguieron su vuelo. Dicen que nadie vuela más lejos que ellas.

Equilibrio

A mí, la nana Quilli me contó otra historia. Me enseñó a clasificar a la gente en dos grandes grupos: a los que les gusta espantar y a los que se dejan asustar. Se moría de risa y me decía que todo era saber de qué lado de la raya te querías parar, unos andaban viendo al diablo en cualquier parte y otros preferían mirar a Dios. Cada cual se encuentra lo que anda buscando. Me lo dijo cuando le enseñé un caballito del diablo en el jardín y casi se me sale el alma del cuerpo. Ay, niña, si el diablo quisiera montadura, habría escogido algo diferente, ¿no crees?

Me enseñó que a las libélulas hay que quererlas y respetarlas. No seas tonta, no les tengas miedo y ya deja de decirles que son caballitos del diablo, esas son babosadas. Sus palabras eran dulces y llenas de esa sabiduría que te da la vida. Nació allá adentro de las montañas azules de la sierra de Guerrero en donde el conocimiento tiene otras formas. Sentía que con su edad, sabía lo suficiente para entender lo que era y lo que no era. Nunca supe cuántos años tenía y era muy difícil de calculárselos. La vejez me ha exprimido poco a poco, explicaba. Yo creo que la que exprimimos nosotros de tanto juego, tantos cuidados y tanto cariño que nos dio. Vino de un pueblo que brotó a la vera del río Papagayo, o eso nos contó.

Su recuerdo me llega como una imagen de alta definición. Se peinaba partiendo el pelo en dos partes, se tejía las trenzas blancas y las unía en las puntas con un listón del mismo color. Ya no me acuerdo de sus dientes, mamá decía que tenía una dentadura fuerte y derecha, yo la recuerdo con un sólo colmillo que le salía de la encía de abajo. Extendía el dedo, miraba

al cielo sentada desde esa silla con respaldo de palo y asiento de palma y nos contaba tantas cosas. Su voz era como la de una guitarra vieja, leve como si el sonido necesitara ser amplificado para poder ser oído. Sin embargo, sus palabras eran robustas. Mis viejos sabían que las libélulas son como madres bienhechoras. Decían que en el principio de los tiempos, cuando Dios creó los cielos y la tierra, separó la luz de las tinieblas y las aguas de arriba y las de abajo; pasó el dedo por la parte seca y así formó las lomas y los picos y dejó que el agua entrara a humedecer los terrenos y dar vida. Los primeros pobladores fueron los insectos que tuvieron la instrucción divina de multiplicarse. Volaron a su aire por todos lados para quedarse donde más les gustó. Un abejorro se llevó a una libélula a cruzar el río Papagayo, querían llegar al otro lado donde crecían las ceibas y los tabachines para hacer su casa. Pero, ahí el río es muy ancho y por más que avanzaban, no lograban llegar a su destino. El abejorro agotado dejó la libélula en una flor flotante, pero le sembró una semilla antes de morir. La semilla se convirtió en el primer hombre de la tierra. ¿Cuál caballito del diablo, niña? El diablo hace cosas feas, los humanos somos bellos, mírame y verás. Se reía. Quitate eso de la cabeza, ¿entiendes? ¿Cuál diablo? A la nana Quilli no se le discutían las ideas. Ninguno, nana, son libélulas.

Nunca supe con precisión cuántos años llevaba trabajando con nosotros, pero no era lo único que ignoraba sobre ella. No sabía cómo había llegado a la casa, ni cuál era su nombre completo, si le preguntaba, me contestaba que ya se le había olvidado, pero yo creo que no me lo quería decir porque bien que se acordaba de todo lo de su pueblo: las recetas con las

que nos alimentó, los remedios con los que nos curó, las leyendas que nos platicó.

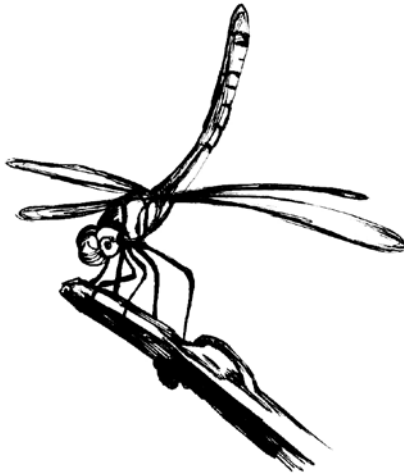
Las libélulas le ayudaron a Dios a guardar en trece troncos huecos los trozos rotos de la Luna, la vez que fue descuartizada por un rayo. Cuando los troncos fueron abiertos por un perro, surgieron sobre el mundo todas las enfermedades del cuerpo y el alma que le causan tormentas a la gente, por eso las libélulas salieron a derramar dones curativos. Allá en la montaña, se las pasan tres veces por la boca de los niños cuando babea para que no vuelvan a sacar tanta saliva. Las libélulas nos devuelven el equilibrio.

Unos y otros

Creo que la nana Quilli tenía razón: la gente se divide en dos grandes grupos: a los que les gusta espantar y a los que se dejan asustar. Un día, la maestra Esperanza nos advirtió que no fuéramos a decir mentiras porque las libélulas le cosían la boca y le arrancaban la lengua a los mentirosos. Hay gente que dice que si alguna se te para en la cabeza, te come la mollera y te vuelves loco. Dicen que Herminia no para de correr en círculos desde que se fue de mi casa.

No sé, para mí, un animal que tiene esa capacidad de observación no me puede dar miedo. Me parece que mira profundo y entiende bien los aspectos de la vida. Me cae bien esa capacidad para moverse en todas las direcciones como un colibrí que puede volar en línea recta hacia arriba, abajo y a los lados como un bailarín de ballet veterano. La nana Quilli decía que eran enviadas para darnos confianza, para advertirnos que algo nuevo iba a llegar. ¿Lo nuevo es bueno, nana? Para unos sí y para otros no, depende del lado de la raya en el que quieras estar.

Aquella mañana que Acapulco amaneció feliz, escuché un rumor, era una armonía como la de un eterófono, un sonido que podría parecer algo entre una voz humana y un violonchelo, que iba aumentando en volumen e intensidad, entendí en qué lado quería estar.



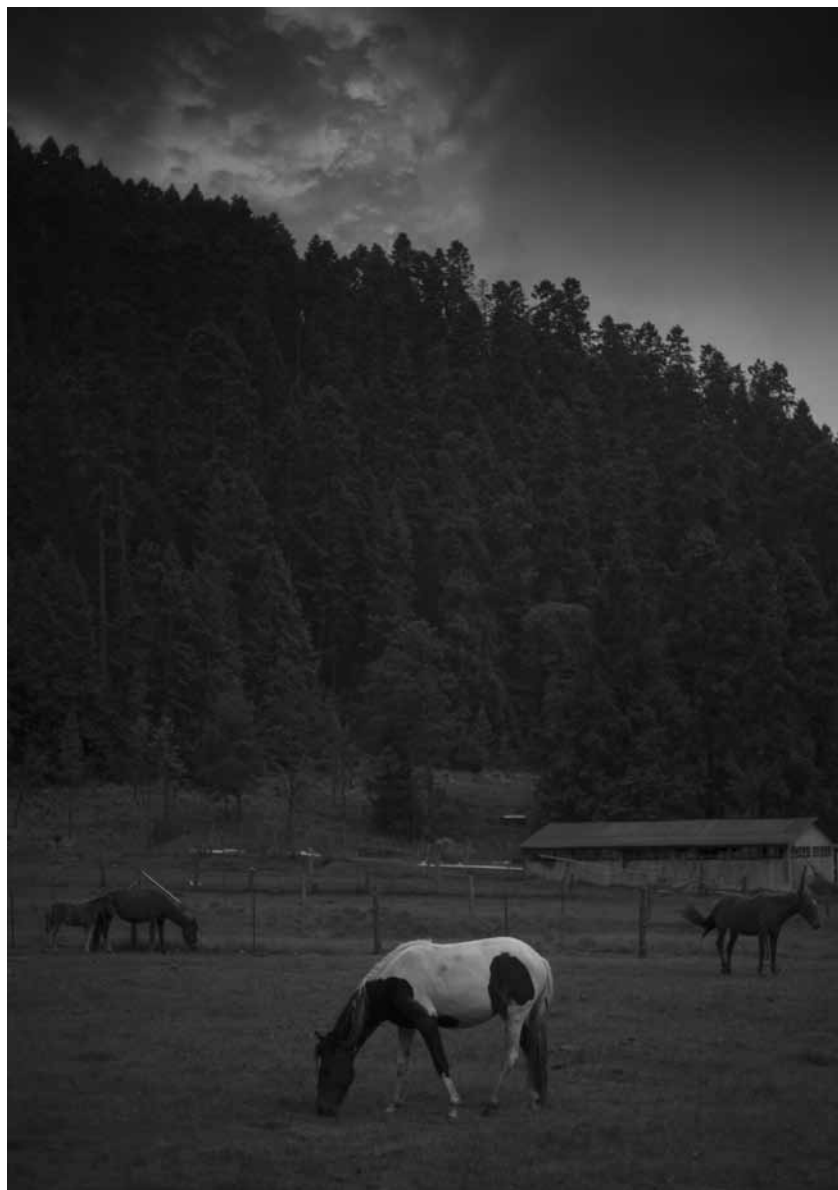
Paúl Núñez



Sin título I
Santiago Padilla de Miguel



Sin título II
Santiago Padilla de Miguel



Sin título III
Santiago Padilla de Miguel



Casa distante en Teotitlán del Valle Oaxaca
Omar Salazar



Sin título
Alessandra de Zaldo



Fábrica abandonada en San Francisco del Rincón
Omar Salazar



Ventana
José Castro



Privilegio
Ángel Garay

¿Qué tan grande es Brasil?

Iker Jáuregui

Cuando se trata de Robert la memoria me falla. No se hasta qué punto se confunde su recuerdo con mi imaginación. Por eso no me gusta acordarme de él. Robert fue mi mejor amigo en la infancia. Hasta donde sé, era muy alto, el más alto del salón, pero no podría estar seguro porque en realidad no me acuerdo de él. Creo que, además, jugaba bien fútbol, por eso todos queríamos ser sus amigos, aunque ahora pienso que quizá era porque no le daban pena las niñas. A Robert lo dejaban salirse de la clase de inglés porque había vivido algunos años en Estados Unidos y sabía hablar mejor que la maestra. Los demás, en lugar de poner atención, lo veíamos por la ventana, jugando solo.

—Su papá y su hermano grande son soldados. — alguna vez me contó otro amigo. Por eso la familia de Robert vivía al lado de la Escuela Superior de Guerra. Al principio me daba miedo ir a su casa, yo nunca había conocido a un soldado y me aterrorizaba la posibilidad de que me enlistaran para ir a la guerra durante la sobremesa. Afortunadamente nunca se tocó el tema. ¿Será que no me vieron potencial? De todos modos, ni su papá ni su hermano se parecían a los militares de la televisión. Hacían chistes y no regañaban a Robert cuando decía groserías, tampoco lo obligaban a lavar los platos de la comida. Después de ir a casa de mi amigo, empecé a creer que mis papás eran los verdaderos militares.

No estoy seguro de cuánto tiempo duró nuestra amistad, pero no debió de haber sido mucho porque Robert se fue a vivir a Brasil. Desapareció antes de las vacaciones de verano, sin aviso. La explicación que nos dieron las

maestras es que se había ido por el trabajo de su papá. A mí me pareció muy raro que no se despidiera y antes de que acabara el año me fui a Brasil para buscarlo. En realidad, era un viaje familiar, idea de mi mamá, pero yo iba a encontrar a mi amigo. De Brasil sabía muy poco, sólo que no hablaban español y que de ahí eran Ronaldo y Roberto Carlos. Lo busqué dándole vueltas al globo terráqueo de mi casa. Brasil era enorme. Jamás encontraría a Robert.

¿Será que mis recuerdos son tan grandes como Brasil? Porque aquí tampoco lo he encontrado. A veces incluso dudo de mí mismo. Cuando le pregunto a mis papás si ellos también se acuerdan de Robert me dicen que sí pero no entran en detalles. He intentado encontrar una foto nuestra, como prueba irrefutable de su existencia, pero ha sido inútil. Ahora prefiero evitarlo. No me gusta acordarme de Robert porque en realidad no me acuerdo de él. Me da miedo pensar en la fragilidad de mis recuerdos, que tal vez algún día me abandonarán para irse a vivir a Brasil.

Circense

Francisco Duarte Cué

Mire, licenciado, la verdad es que sí sabía que la reunión era con el Director General, y la llegada, ligeramente tarde, no fue intencional ni imputable aquí a su joven colaborador. Verá usted: salí de dar el taller de matemáticas en la universidad, (con el que como usted bien sabe complemento mis ingresos), y manejé sobre la avenida de los Miramontes en donde me topé con un embrollo — grande— de tráfico vehicular.

Cosa rara, porque como buen informático tengo estas distancias andadas y bien medidas pero fijese, se atravesó un elefante en la mera esquina...

—¡No me venga con esas historias! ¡Acaso cree que voy a seguir escuchando semejantes pendejadas; mire llegó tarde y punto: crezca en su chamba! Está despedido. A su tardanza sume su mentira: un elefante en plena ciudad y que, además, interrumpe el tráfico: no invente, no quiera verme esa cara porque no la tengo.

Y...ni modo, me corrió.

Bajé al piso 3 con el fulano de recursos humanos y él me mandó con el contador quien me entregó un dinerito correspondiente a la terminación de todo contrato (algo así como “finiquito”), misma cantidad que luego, luego, deposité en mi tarjeta en una sucursal bancaria que queda cerca de esa mi otrora oficina.

Inspirado por el sin quehacer de mi nueva actividad laboral, me di a la tarea de buscar un anillo talla 6, con un valor semejante al dinerito que me acababa de caer, total, no era mío, no lo esperaba, tenía un destino plenamente marcado.

El anillo que encontré y pude pagar, lo entregué a su

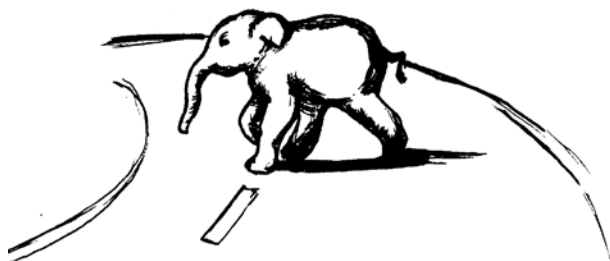
legítima dueña esa misma tarde y lo hice en medio de una cena bien sencillita pero inversamente emotiva: se lo puse en un dedo.

A los pocos, como dos días ,me llamó Luisita, la asistente del licenciado, para decirme que mi despido estuvo “contaminado por malos antecedentes”, que el secretario particular del licenciado le había mostrado un recorte del periódico, que tanto le gustaba, en donde se leía la nota del elefante escapado de un circo itinerante, atravesado en una avenida; noticia chusca pero real.

—El licenciado le da otra oportunidad, porque no quiso creerle, aprovéchela que —pues ya ve— de esto no hay mucho. Agradecí el noble gesto —de Luisita, claro— y decliné la oferta.

Al poco tiempo me enteré que el licenciado y su equipo habían sido removidos de sus cargos, supuse que era algo de eso que siempre pasa en el gobierno, pero no fue así. Los despacharon por malos manejos en cosas de dinero y, ahora, hasta los buscaba la policía encargada de esos menesteres.

Hoy por hoy, Luisita trabaja conmigo en un despacho en el que hemos tenido buena acrecida; y Cecilia, la dueña del anillo, sigue siendo la mamá de nuestros dos hijos.



Paúl Núñez

Nocturnidad

Rubén Don

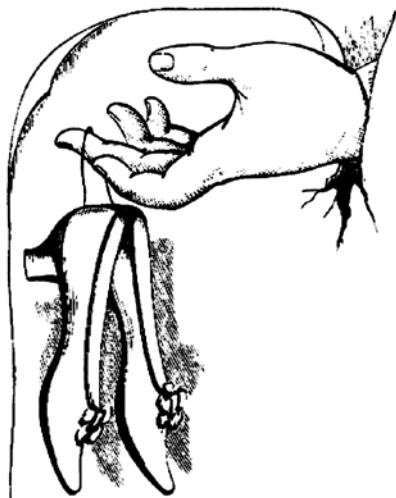
A finales de noviembre los ataques de ansiedad se intensifican. La depresión aletea dentro de mi cabeza. Me encierro en mi habitación por días enteros. ¿De dónde proviene esta angustia, esta inquietud? No tengo idea. El desasosiego entra en mí como una peste. Acecho los estantes de libros como león enjaulado. Abro una novela y otra. Intento leer. Pero no lo consigo. Me bebo tres vodkas. Busco trabajar en un nuevo cuento, pero nada me brinda la paz que busco. Me pongo a tontear en internet y aparece Ángela en el Messenger. Me avisa de una fiesta que organiza Pablo, un viejo amigo de la universidad. No tengo ánimo, pero si me dejas la dirección intentaré ir, le escribo. No importa si llegas a medianoche, responde Ángela, ya sabes que las fiestas de Pablo son de largo aliento. Indeciso, me quedo otro rato tonteando en internet. Una página y otra. Un chat y otro. Algo de porno. De pronto doy con un foro de *escorts* en donde una docena de mujeres de diferentes edades ofrecen sus servicios de acompañamiento. No hay nada explícito. Ahí, ante mis ojos, en el internet, en la pantalla de mi computadora, se despliega ese mundo que siempre me ha atraído: el de las prostitutas. Exploro la página y a la primera oportunidad me pongo a conversar con una de las *escorts* que están en línea. Detalla sus servicios. Una hora. Trato de novios. Besos, caricias, posiciones. He frotado la lámpara maravillosa del sexo comprado. La chica me manda una foto de su rostro y me promete que la pasaremos bien. Estoy tan solo que aquella oferta llega como la dosis de adrenalina que necesito. ¿Y si quiero estar contigo toda la noche?, le escribo. Le dibujo un plan: te veo en cierto lugar, me acompañas a una fiesta, después nos vamos a un

hotel y.... Antes de que termine aparece en mi pantalla una cantidad. Mientras la espero detrás de la intercepción de Reforma e Insurgentes, a espaldas del Vips, repaso los detalles: el precio, las horas, la fiesta. Comienzo a dudar. ¿Será la mujer de las fotos? ¿Será amable? ¿Será condescendiente o remilgosa en la cama? Escucho unos golpes en la ventanilla del copiloto que me sacan de mis cavilaciones. Hola, ¿eres Cristian?, pregunta una chica de unos veinte años, con el cabello corto, arriba de los hombros, y una sonrisa cálida. Asiento con la cabeza. No tengo idea de por qué le he dado un nombre falso. Me indica que la espere. Mientras atraviesa la calle puedo ver sus muslos apenas cubiertos por la minifalda y me excito. Habla con alguien en un auto. Se despide y el auto arranca. Regresa y sube al asiento de copiloto. Bueno, aquí estoy, dice. ¿Tienes lo mío, nene? Enmudezco por unos instantes. Ella me mira. Posee unos sorprendentes ojos glaucos como pocas veces he visto en mi vida. Parece que todo lo abarca y lo hacen resplandecer. Sonríe, me sacude el cabello, y dice cariñosa pero autoritaria: mi dinero, corazón. Lo que quedamos. ¿Y si me engañas?, pregunto. Cómo crees, afirma. Será toda la noche, ¿cierto? Sí, amor, toda la noche, dice ella muy segura, casi arrebatándome los billetes de la mano. Manejo por Insurgentes. Hablamos de cualquier tontería. Estoy nervioso. No es mi amiga. No es una cita. O lo es sin serlo. Su nombre. Pregunto por su nombre. ¿Vamos a la fiesta?, quiere saber Méredith. No parece una prostituta en lo más mínimo. Para mí es una linda joven, de esas que jamás hubiesen salido conmigo en la universidad. Una chica hermosa sentada ahí, a mi lado, sólo porque le he pagado. Aquello termina por sumirme más en mi depresión. Mis expectativas se diluyen. La fiesta por el cumpleaños de Pablo se lleva a cabo en un departamento de la colonia del Valle. Cuando llegamos, todo mundo está en el parque,

frente al edificio, mirando cómo *La libélula*, una amiguísima del anfitrión, hace acrobacias con unas poleas de fuego. Al cabo de un rato la exhibición termina y subimos al departamento. Se acercan Ángela y María y nos saludamos sin mucho entusiasmo. Aquello roto un par de años atrás, casi al finalizar la carrera, sigue fracturado y nadie ha hecho lo suficiente por repararlo. Improvisamos. Se tragan el cuento de que Méredith es una reportera que conozco a través de Librusa. Intercambiamos cualquier menudencia. Cinco minutos más y mis amigos se diluyen en la fiesta. Nos ponemos a bailar. No fluye. Necesito descansar, dice Méredith. Cogemos un par de cervezas de la tina con hielo y vamos al balcón. Silencio y miradas incómodas. ¿De qué podemos hablar si nos acabamos de conocer? Le cuento sobre mis años de universidad, por decir algo. Luego sobre mi paso por Medialog, y sobre mis actividades literarias. Nada de ello parece interesarle. La escort mira hacia la calle y contesta con monosílabos. Muestra impaciencia. Puedo notarlo en los movimientos de su cuerpo. Regresa el silencio. Cariño, ¿nos vamos yendo?, sugiere. Mi desilusión crece a cada minuto que transcurre en aquella extraña noche. Estoy ávido de compañía. Necesito alguien que me escuche y me levante la moral. Emborracharnos un poco y terminar en un cuarto de hotel haciendo el amor. Ese ideal hollywoodense. Pero todo ello parece lejos de ocurrir. Asiento y abandonamos la fiesta. Su prisa transita en ansiedad. Mira el reloj a cada momento. Agita con insistencia las pulseras que carga en la mano derecha. Menea la pierna izquierda como si tuviese un tic. Se toca el cabello una vez y otra también. Entonces comprendo que todo ha sido una mala idea. Llegamos a la habitación de hotel (he conducido hasta las inmediaciones de la colonia Roma) y Méredith comienza a despojarse de la ropa. En un tono imperativo, sin que raye en lo grosero, me ordena que haga lo mismo.

Débil en todo sentido, ya a esas horas de la madrugada, hago exactamente lo que me pide. Recuéstate, me ordena una vez más aquella chica de no más de veinte años, pero que ahora con esa frialdad con que se maneja parece una mujer con larga experiencia en el oficio. Me recuesto boca arriba en la cama y puedo sentir lo frío de la colcha erizar la epidermis de mi espalda. Sin más se abalanza sobre mi pene con movimientos bruscos. Me recuerda esos actos gélidos que ejecutan las prostitutas de banqueta en las zonas rojas de la ciudad. ¿Dónde están los besos y caricias ofrecidos en su página de promoción? Me siento tan descolocado y tan fuera de mí mismo, confuso, asqueado, y deprimido, que no tengo ya fuerza alguna para reclamarle. Me limito a pasar una de mis manos por debajo de mi cabeza a manera de almohada y a sentir los bruscos movimientos que ejecuta con su boca. Apenas consigo mirar su desnudez sin sentir asco y arrepentimiento. Sí, es joven. Y bella. Con una piel tersa. Delgada. Con pechos diminutos pero firmes. Una cadera pronunciada que equivale a su esbeltez. Cuando crece mi pene en su boca, lo enfunda en el preservativo, toma un poco de gel de un tubo de lubricante Sico, se lo unta rápidamente en los labios vaginales y me monta. La prostituta está ausente. Mira al techo. Cuenta los segundos para que esto termine. Yo también estoy ausente. Se mueve mecánicamente sin mirarme. Dejo que haga. ¿Qué más puedo hacer? Cuando intento acercar mis manos a sus pechos, con una acción decidida, sin ser brusca, las aparta con un rápido movimiento. La jalo hacía mí para besarla: ágil gira la cara y recibe mis labios en la mejilla. No, bebé, no seas travieso, sentencia. Le pido otra posición. Busco zafarme de su peso. Méredith, astuta, agiliza los movimientos de su cadera. Decepcionado y derrotado por el mal negocio que acabo de hacer, de las malas elecciones que vengo haciendo de un tiempo para acá en mi vida, cierro los ojos y

permiso que toda aquella melancolía salga expulsada de mi cuerpo. En lugar de sentir placer, siento dolor. Un dolor profundo y agudo. Frunzo el ceño, grito y me pongo a llorar. El vacío entra lentamente por los poros de mi piel como una dosis letal. La puta, asustada, se aparta inmediatamente. Toma varios kleneex para limpiarse la vulva, se viste a toda prisa y se larga. Me quedo mirando el techo de aquella habitación, sollozando. Paladeo ese sabor agrio que trae consigo el sinsentido.



Paúl Núñez

El último recurso

Juan Antonio González Díaz

Otra vez Antonio había golpeado a su abuelo. Don Esteban lo abrazaba por la espalda hasta que el joven se tranquilizaba. Al mismo tiempo le contaba historias o le cantaba, poco a poco los arrebatos de su nieto mermaban y éste entraba en un sueño profundo.

—¿Otra vez te pegó ese animal? —gritaba la esposa de don Esteban.

—No pasa nada, sabes que está enfermo— contestó el señor.

—Un día de estos te va a matar— la mujer lloraba.

—¿Y qué voy a hacer, abandonarlo como hizo su pinche familia?

El viejo la interrumpió y dijo:

—Últimadamente, el que lo cuida y quien se lleva los chingadazos soy yo, fin de la discusión.

Don Esteban siempre fue la estrella donde orbitaba su familia. Educó a quince hijos. A sus sesenta y cinco años aún trabajaba y ayudaba económicamente a sus descendientes. Antonio nació con una enfermedad mental que le hacía imposible adaptarse al mundo. Llorando, uno de los hijos de don Esteban (el padre de Antonio) le confesó a éste que deseaba matar al enfermo:

—Creí que te había criado para ser un hombre, tu hijo está condenado, ¿y qué?, ¿nada más por eso vas a tirar la toalla?— gritó el señor mientras su hijo estaba en el suelo por un golpe que le asestó el viejo.

—Para ti es fácil hablar, tú no tienes que soportarlo,

que aguantar sus locuras— una patada de don Esteban cortó de golpe las quejas del padre de Antonio.

—Muy bien, si quieres matarlo adelante— el viejo sacó una pistola y se la entregó. Iban a ir al monte para terminar con todo. El arma (en manos de su hijo) temblaba; éste la soltó y de nuevo comenzó a llorar.

Don Esteban no quiso seguir golpeándolo, obviamente la situación rebasaba al padre de Antonio. El viejo se quedó con el joven, firmó unos papeles para ser su tutor legal y le dio una bendición a su hijo porque desde aquel día no deseó volver a verlo.

La familia se fragmentó entre los que apoyaban a don Esteban, los que odiaban a Antonio por golpear al abuelo y aquellos que pensaban en la cobardía de su hermano al no ocuparse del loco. En las acaloradas discusiones sobre el tema bastaba un grito de don Esteban para imponer en la atmósfera un silencio incapaz de ser revertido. ¿Qué le podían decir sus hijos?: «¿te vamos a ayudar a cuidarlo?», claro que no, todos tenían la boca muy grande pero los huevos quebrados.

Antonio gritaba todo el tiempo, se embarraba la boca y la ropa al comer, agredía a las personas, defecaba y orinaba como un bebé, golpeaba su propia cabeza contra las paredes, a sus veinte años hablaba como niño de tres. La enfermedad siempre se topaba con la tranquilidad de su abuelo. De vez en cuando Antonio experimentaba momentos de lucidez, abrazaba al viejo y le decía: papito.

Nadie sabía, ni siquiera su esposa, que don Esteban —en su niñez—vivió en las calles. Robó para comer, golpeó y fue golpeado al urgar en los contenedores de basura

que otros indigentes acaparaban. Cierta día unos policías lo encontraron peleando y lo llevaron —por error— a un lugar conocido como La Castañeda, uno de los primeros hospitales psiquiátricos en México.

En ese lugar vio a todo tipo de enfermos, las mismas reacciones que observaba en su nieto lo transportaban a sus años dentro de la institución. Fue allí donde se prometió ser una persona fuerte para no sufrir lo que esos enfermos enfrentaban todos los días, ese recordatorio no le permitía rendirse con Antonio, sería como abandonar las creencias que encaminaron su vida fuera de las calles.

Los golpes recibidos por su nieto apenas llegaban a dejarle moretones. Bajo la ropa de don Esteban se escondían heridas por navajazos, quemaduras de cigarro, toletazos y algunos impactos de bala recibidos en su adolescencia. Comparado con eso los arañazos provocados por Antonio eran tímidas pinceladas en un lienzo que retrataba el infierno.

Un día Antonio se le fue a los golpes a uno de los vecinos: el señor Adrián. Los hijos del último querían linchar al enfermo, rodearon su casa y estaban a punto de tirar la puerta. Don Esteban salió a hacerles frente, no iba armado, le gritó al señor Adrián para que diera la cara. Los hijos de éste, ante la voz recia del viejo, no pudieron esconder el temor que los hizo dar un paso atrás.

El otro jefe de familia salió al encuentro, no tenía muestras de haber sido agredido gravemente. El conflicto se arreglaría entre ellos dos. El señor Adrián abrió sus ojos con asombro al ver a su contrincante, con la cabeza abajo, pidiendo perdón por las acciones de su nieto. Don Esteban no perdió el tiempo explicando la condición mental

del muchacho. Su propuesta era simple: «Él no tiene la culpa, pero si estás enojado golpeame a mí hasta que estés satisfecho, no voy a defenderme».

Los demás también se quedaron boquiabiertos ante esas palabras. No las tomaron en serio y se disponían a golpear al viejo; esta vez fue la voz del señor Adrián la que paró en seco a sus hijos. Les advirtió que no se metieran. Golpeó por varios minutos al abuelo de Antonio. Eran los golpes de un hombre violento pero no entrenado. La paliza era más aparatosa que dolorosa. Durante los golpes —el viejo— pensaba que su nieto tenía más ferocidad en los puños que ese tipo.

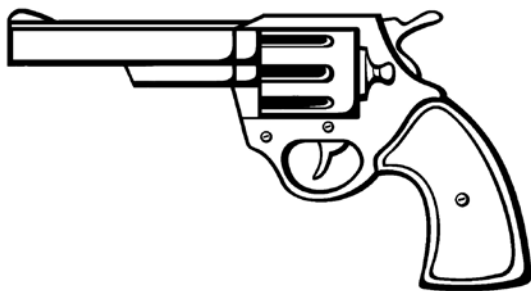
El señor Adrián, con dificultad para respirar, terminó de agredir a un manzo don Esteban que no le importaba lo que le pasara a él, siempre protegería a los suyos. Incidentes como aquel fueron recurrentes. La abuela de Antonio no comprendía por qué su marido se exponía hasta esos límites por un loco, mucho menos entendía la calma de su esposo, una calma tan fuerte como los muros con los que Antonio estrellaba su cabeza.

Al señor no le interesaban los consejos negativos sobre su nieto, no quería vivir pensando en lo peor, se negaba a vivir dentro del temor y prejuicios de otras personas.

El tiempo pasó y el viejo enfermó. Tenía más de ochenta años y el médico lo había desahuciado. El loco pasaba los días al lado del lecho de su protector, lo hacía en completo mutismo, ese era el lenguaje de respeto hacia su padre. Don Esteban reía cada que sus hijos iban a visitarlo y Antonio se les echaba encima, la familia esperaba lo peor, aunque no se explicaban la actitud tan optimista del abuelo.

Una noche, mientras todos dormían, Antonio tomó su posición habitual a un lado de su abuelo, lágrimas brotaban de los ojos ausentes del joven. «No te vayas papito» repetía el enfermo. Don Esteban le acarició la cabeza, secó su llanto y pensó: «¿qué será de ti cuando me vaya?»

Dos disparos despertaron a todos en la casa.



Paúl Núñez

El sótano

Yazmín Díaz Flores

El sótano de mi vecina cambió mi vida. Cada tarde salía a andar en bicicleta por el vecindario. Era mi rutina de ejercicio y relajación hasta que un día vi un pequeño gato con bigotes largos en su jardín. Maullaba como si estuviera lastimado y en ese momento decidí bajarme de la bicicleta a ayudarlo. Cuando me acerque a ayudarlo, me di cuenta no estaba lastimando, le maullaba a una pequeña ventana que daba al sótano de mi vecina, agarre mi celular y trate de iluminar para ver a que le estaba maullando, pero era tan oscuro ese sótano que no pude ver nada.

Al día siguiente salí un poco tarde a andar en bicicleta por el cambio de horario, cuando pasé por la casa de mi vecina noté una pequeña luz que salía de la ventana, me acerqué y distinguí un cabo de vela prendido; iluminaba todo el sótano. Lo que vi era aterrador.

El sótano estaba lleno de figuras de cera que parecían personas. Me di cuenta hasta que una movió los ojos que eran cuerpos atrapados en cera. En ese momento corrí, agarré mi bicicleta y me escondí en mi casa, no pude dormir y toda la noche estuve pensando en las cosas horribles que mi vecina hacía con esas personas.

Una semana pasó y no sabía que hacer con esa información, estaba aterrada, ya no salía en la bicicleta cada tarde, ya no salía de mi casa, el miedo me consumía. Una mañana fui al supermercado en mi bicicleta, mi vecina me saludó como siempre muy amable y yo me quedé paralizada sin saludarla de regreso, ahí estuvo mi primer error.

Regresando del supermercado, mi vecina se encontraba en su jardín esperándome para tener una charla conmigo, me preguntó que cómo estaba y si necesitaba

algo, le respondí con voz nerviosa que todo estaba bien, pero que no podía hablar en ese momento. Ahí estuvo mi segundo error. Mi tercer error fue una noche salir de mi casa, era sábado y era el cumpleaños de mi mejor amiga, cuando regresé de su fiesta venía un poco tomada. Agarré mis llaves y traté de entrar a mi casa pero me di cuenta que no se podía. Sentí una respiración en mi hombro. En ese momento volteé y era mi vecina. Me agarró, me metió a su sótano donde se encontraban estas horribles estatuas de personas bañadas en cera y me dejó ahí por días. Estaba desesperada, gritaba cada día más fuerte y trataba de escapar pero no había forma. Por fin entendí que no iba a volver a salir nunca de ese horrible sótano.



Paúl Núñez

La japonesita con sabor a mar

Constanza Toscano Pitol

Estoy sentada a la orilla del mar, con los pies enterrados en la arena. Son las cuatro treinta de la tarde y la playa de Onna es el único lugar que me da paz.

Por primera vez en mucho tiempo tengo la mente con un poco de calma aunque el corazón lo traigo en guerra y sé que nunca dará tregua; es imposible no pensarte, imposible intentar olvidarte.

Los recuerdos me traicionan porque tus ojos me persiguen y tus manos me acarician cada vez que intento olvidarte. Sé que nadie va a amarme como tú lo hiciste, que nadie me va a mirar igual... Sé que ya no soy la japonesita de tus ojos, ya soy tu japonesita.

Y es que no entiendo por qué te fuiste y no entiendo qué fue lo que hice mal y con una pobre pero fuerte ilusión te espero cerca del rojo mar; cierro y aprieto los ojos deseando con todo mi corazón que regreses pero sé que no lo harás. Tomo el kimono rojo que me reglaste, hoy me huele un poco más dulce de lo normal; me supo a la combinación de tus labios con los míos y es cuando me doy cuenta que tu alma no me dejará paz; porque me persiguen tus manos por la noche, me persigue tu voz al cantar, me persigue tu olor al suspirar.

Ya no sé a donde más ir y lo único que me da un poco de paz es el mar y sentada a la orilla de éste con mi abanico de papel y una buena taza de café me siento a recordar, me siento a recordarte, me siento a recordarnos, a recordar cómo nos comíamos con la mirada, a recordar cómo cada caricia era fuego, a recordar tus manos sobre mí, cómo me hablabas y me calmabas.

Sentada frente al mar con los sueños clavados en la arena y la esperanza ahogada en el mar entrelazo los recuerdos de que ya no estás y me pesa el hecho de que no volverás. Entonces me pierdo admirando el mar y veo una ola pasar con tanta fuerza como si estuviera determinada a llevarme con ella al fondo del mar. Y tanta fuerza me recordó la noche de la primera vez que te besé.

Sin darme cuenta una ola de mar se acerca a mi cuerpo roto y me suspira que no deje de luchar; supongo que son los efectos de que hoy te extraño de más, supongo que son alucinaciones que ya nunca me dejarán; le contesté a la ola de mar que no iba dejar de luchar pero que se volvía difícil vivir de sólo recordar. La ola de mar me contestó que nadie muere de amor pero que tampoco nadie vive de recuerdos. Con una lágrima recorriendo mi mejilla me levanté y sin pensarlo me metí al mar... le dije que él me recuerda un poco a este recuerdo que no me deja en paz y con los ojos llenos de tristeza le conté al mar que la persona que ya no esta siempre sabía un poco a sal y que sus manos sobre mi cuerpo pesaban tanto como sus olas al pasar. Con medio cuerpo mojado de agua salada y la cara empapada de lágrimas, le lloré al mar. El mar conmovido por mi llanto me abrazó; supongo que se compadeció de mí, supongo que con cada lágrima que me salió y cayó sobre sus perfectas olas, pudo probar un poco el dolor que no me dejaba descansar.

El lindo mar, con sus dulces olas me arrulló, y me trajo la voz de mi amor. En cada ola escuchaba sus suspiros, escuchaba sus latidos. Tanta relajación me hizo soltar el abanico de papel, que fue el último regalo que me dio. Él siempre me decía que al final del puente de vigas empieza otra historia, entonces, tomé aire y me hundí entre las dulces

pero saladas olas del mar y me dejé llevar por la fuerza de esta inmensa y hermosa ola.

Cuando abrí los ojos...te vi del otro lado de puente de vigas; corrí a sumergirme entre tus brazos.

Por fin, vuelvo a ser la japotensita de kimono rojo.



Paúl Núñez



¿Quieres publicar?

Envía tus textos para valorarlos a

contacto@porescrito.org



Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Sin título, Alessandra de Zaldo

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.
Eloisa Valeria Martínez Carrillo, Iris Adame, Ángel Adrián
Garay Rivera, Daniela del Carmen Garce, Brand Hurrle

Cuarto de Guerra

Alejandro Guarín, Galilea Silva
Emmanuel Mata, Daniela Ferrari

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número veintisiete. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Agosto-Septiembre de 2020.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

*El hábito de la desesperación es peor que la
desesperación misma.*

La Peste

Albert Camus



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir